

ES, por ahora, poco más de una palabra: un proyecto del que puede salir algo, o quizá nada. La "euroizquierda" procede, principalmente, de Berlinguer y de sus dificultades interiores en Italia. Y de Mitterrand y sus problemas franceses. Hay indicios de una acción común en la Asamblea europea de Estrasburgo, y es en Estrasburgo donde se han encontrado ahora —la semana pasada— Mitterrand y Berlinguer, y han emitido una declaración común. Pero Berlinguer viene, desde hace tiempo, preparando esa serie de alianzas internacionales. Estuvo en Madrid en otoño y vio a Suárez y, naturalmente, a Carrillo —que es su interlocutor frecuente—; estuvo también en Lisboa y conversó con Mario Soares. Todo esto sucedía en otoño pasado. Pero este mismo mes de marzo, Berlinguer fue a Alemania Federal y tuvo una larga conversación con Willy Brandt. Berlinguer está queriendo ir más lejos que lo que indican estas conversaciones privadas: quiere llegar al corazón socialista, a la Internacional Socialista. Si todo sale bien, antes de fin de año se celebraría una reunión en Roma. Ya la está organizando el Centro de Estudios sobre las Políticas Internacionales, que es una organización inspirada por el propio Partido Comunista italiano.

Pero antes, la "euroizquierda" quiere trabajar sobre un tema que considera decisivo: la celebración de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, o "Conferencia de Madrid", amenazada por los Estados Unidos como parte de su acción antisoviética. La amenaza es importante, y los Estados Unidos advierten ya a sus aliados europeos que o la suspenden o se exponen a que se convierta en una auténtica riña, porque sus delegados están dispuestos a convertirla en un Tribunal antisoviético en el que aparezcan todas las grandes acusaciones, y no sólo la de la invasión del Afganistán: la cuestión de los disidentes, la denuncia de imperialismo sobre las naciones europeas del Este, las intervenciones directas —o a través de Cuba— en África, la desestabilización en el Oriente árabe... Algunos medios conservadores encuentran esta alternativa tan atrayente que comienzan a preferir que se celebre la Conferencia, cuando antes la repudiaban. Se expanden ahora rumores de que son precisamente los soviéticos los que pedirían su aplazamiento. Por lo menos, hasta después de las elecciones de los Estados Unidos, que quizá dieran alternativas a Carter; o, en el peor de los casos, un Carter ya domesticado, apaciguado, sin la ansiedad de los votos que le domina ahora. Son rumores interesantes. Los acaba de emitir, preci-

samente en Bruselas, que es un gran altavoz del conservadurismo europeo, el exiliado soviético Bukovsky, movilizado —por quien sea— para una campaña contra los Juegos Olímpicos, con el argumento de que están sirviendo para fortalecer la represión y que, por lo tanto, todo aquel que coopere con Moscú —enviando sus atletas— se hace responsable de una oleada de detenciones. La tesis de Bukovsky —o, repito, de quien sea— es que la URSS trata de obtener ventajas en las "cestas" de la Conferencia —secciones, cuerpos, comisiones— que se refieren a la desmilitari-

nal antisoviético, sino que se esfuerce en conseguir un apaciguamiento, una reducción de tensiones. No busca, naturalmente, salvar a la URSS. Lo que está buscando, o trata de buscar, es una "via europea". La tesis es razonable: Europa no puede aceptar que la paz y la guerra que sucedan en su territorio sean resultado de las negociaciones o las hostilidades directas entre la URSS y los Estados Unidos. Es la propia Europa la que tiene que intervenir, negociar, discutir o votar, y abrir su "via".

En lo cual la "euroizquierda" no quiere ser adelantada,

total —primero, en una coalición; después, gobernando por sí sola— porque ofrecía una alternativa a la política de violencia y dureza de sus rivales los demócratas cristianos: realizó a la famosa "apertura al Este" la serie de "reconciliaciones" con los países que habían sufrido la ocupación nazi —especialmente, los que están ahora gobernados por comunistas— y produjo efectos considerables en la "détente". La idea general de la socialdemocracia —cuyo protagonista, Willy Brandt, pagó con una serie de operaciones de desprestigio que le apartaron del Gobierno— era



F. Mitterrand.



Berlinguer.



Willy Brandt.

APARECE LA "EUROIZQUIERDA"

EDUARDO HARO TECGLÉN

zación y a los intercambios científicos, culturales, técnicos, comerciales; pero boicotearía la tercera, referida a las libertades públicas, los derechos humanos. Viendo que va a ser acusada, prefiere ahora el aplazamiento de la Conferencia, y no sólo hasta después de las elecciones americanas, sino "por un año o dos". Nada puede excitar más, en efecto, a los partidarios de que se celebre para convertirla en un alto Tribunal y para acabar, definitivamente, con la coexistencia.

La "euroizquierda" incipiente pretende todo lo contrario: que la Conferencia se celebre y que no sólo sea un Tribu-

por lo que ya está haciendo lo que llamaríamos "eurocentro", o el grupo de naciones encabezado por Francia y por Alemania Federal. Es poco serio acusar, como suele hacer la izquierda en estos días, a Giscard y Schmidt de representar un papel preconcebido en este drama. Las disidencias de Schmidt con Carter no son una ficción, aunque no está excluido que al final la presión de Estados Unidos pueda doblegar esta resistencia. La disidencia de Giscard no admite ninguna duda. Se trata, en realidad, de dos políticas permanentes. La socialdemocracia alemana entró en el poder por la vía elec-

la de que su país y a Europa en general le convenía salir de la "guerra fría". Todo ello estaba contrapesado, además de con unas limitaciones o restricciones en la misma apertura —pasos lentos y muy prudentes— con un anticomunismo interior y exterior y con una serie de medidas de control de su propia democracia que son justamente criticadas desde el punto de vista de las libertades humanas, y de la democracia misma. En cuanto a Giscard, hay escasas dudas de que lo que está siguiendo es una política general francesa iniciada ya por el propio general De Gaulle, con la expulsión de la OTAN de su

territorio, la autoexclusión de Francia del pacto militar y la construcción de su propia "force de frappe" atómica. La ira con que le tratan ahora los Estados Unidos es la misma con que trataron ya a De Gaulle. "Sin la seguridad que proporciona la protección americana y el 'paraguas' nuclear no existiría el giscardismo", escribe ahora en un editorial el "Times": en la otra época, recordaban a De Gaulle que sin el desembarco americano en Normandía no habría degaulismo en Francia, que sería todavía un satélite de Hitler. Quizá esta forma de pasar facturas sea históricamente justo, pero la verdad es que sólo una gran ingenuidad podría creer que la acción de Estados Unidos en Europa, antes y ahora, estaba hecha con la idea de salvar a los otros: una tesis buena para guionistas de Hollywood, pero nada más. Los Estados Unidos realizaron una implantación imperial a muy poco costo humano —la intervención económica ha sido muy rentable— y la sostienen. Cualquier intención de desgajarse de ese imperio es, naturalmente, severamente contemplada.

Hay evidentemente una queja suplementaria, a la que el "Times" de Nueva York y los grandes medios de información de Estados Unidos son muy sensibles: la continua aproximación de Giscard a los países árabes y a los medios palestinos; y no sólo la de Giscard, porque Arafat es hombre muy bien recibido en Alemania Federal, en Austria, en Francia. Europa defiende su diálogo Norte-Sur, su entendimiento directo con los productores de energía y otras materias primas, y todo ello pasa por los países árabes, y por los palestinos. Para ello tiene que sostener también el tema de la "divisibilidad" de la crisis mundial, frente a las tesis americanas de que la crisis forma un todo. Giscard y Schmidt condenan la invasión del Afganistán, y con toda rudeza; pero creen que ello no es óbice para la continuación del entendimiento en la zona europea.

El "eurocentro" pretendería que se mantuviese el equilibrio militar actual, oponiéndose a un rearme; un equilibrio en el Oriente árabe; un período de reducción de la tensión en el Mediterráneo y en el golfo Pérsico; la profundización en el diálogo Norte-Sur. Y la continuación y profundización de las relaciones con la URSS...

Prácticamente, todos estos puntos son los que va a defender, ahora, la "euroizquierda". La parte alemana de esa

"euroizquierda" sería, inevitablemente, la misma que la del "eurocentro", puesto que en los dos puntos está la socialdemocracia. Tratarían, Mitterrand y Berlinguer, de inclinar el peso político hacia el Sur. Y de quitarles el monopolio europeo a sus rivales. Para ellos, Giscard está demasiado comprometido en una vía de derechas como para que su europeísmo sea productivo, y en una vía demasiado francesa, demasiado nacionalista. Se trata, otra vez, de un gran proyecto internacional y de que este proyecto de apaciguamiento lo lleve a cabo "el movimiento obrero", según la frase del comunicado, clásica en la izquierda. Hay una pretensión inmediata: la de que la izquierda europea no sea víctima de la "guerra fría". No es de extrañar que la iniciativa corresponde a Berlinguer: bloqueado en su país, imposibilitado su acceso al Gobierno, su salida se hace hacia el exterior para buscar en la comunidad de la izquierda europea el "compromiso histórico" que no consigue en su país. Para Mitterrand supone salir de la derecha hacia la que le empuja el Partido Comunista francés.

El cual se indigna. Marchais denuncia ya la "euroizquierda" como una maniobra. En un momento dado se puso al lado de la URSS en el caso del Afganistán y también en el de Sajarov. Se aisló a sí mismo, como lo hizo Alvaro Cunhal en Lisboa. Esperaban que la crisis llegara más allá: poder aparecer como los únicos líderes reales del "movimiento obrero", oprimidos por una crisis económica a la que se iba a dar el tratamiento de cruzada antisoviética. Mezcla ahora sus protestas Marchais con otras fuertemente electorales; "El Partido Socialista francés y el Partido Comunista italiano tienen convergencias evidentes sobre la ampliación de la Comunidad a Grecia, Portugal y España, mientras que nosotros, comunistas franceses, estamos resueltamente al lado de nuestros campesinos en su lucha por sus reivindicaciones y por la defensa de nuestra agricultura".

No será difícil que los comunistas franceses y los portugueses se opongan a la "euroizquierda": los franceses la denuncian ya como un intento de acabar con el eurocomunismo. Quizá el partido francés, con sus últimas actitudes, haya hecho más por acabar con el eurocomunismo que esta intención de la "euroizquierda". Que, repetimos, puede morir antes de nacer realmente. Pero que tiene unos aspectos realistas importantes. ■

Alemania Federal

CUANDO LOS "VERDES" SE TIÑEN DE ROJO

BONN.— ¿Se partirán los "verdes"? Es la pregunta que se hacen todos aquí después del primer Congreso Programático, celebrado por el nuevo partido en Saarbrücken. Es una pregunta no exenta, en muchos casos, de eso que los ingleses llaman "Wishful thinking". Porque no cabe duda de que los "verdes" se han convertido en los aguafiestas de los grandes partidos.

De los socialdemócratas, porque les roban buena parte del electorado más joven, según se vio en las recientes elecciones de Baden-Wuerttemberg, en las que los "verdes" consiguieron, por segunda vez, entrar en un Parlamento regional.

De los cristianodemócratas, porque los resultados del Congreso Programático parecen haber dado definitivamente al traste con cualquier esperanza que pudiera abrigar todavía Franz-Josef Strauss de atraerlos hacia algún tipo de alianza.

En Saarbrücken, la verde inocencia ecológica que estaba en los orígenes de ese partido se tiñó de rojo. El socialismo, entre ácrata y marxista, de una mayoría se impuso al conservadurismo romántico burgués del sector minoritario. Y allí salieron a relucir ciertas propuestas que dieran escalofríos a más de uno de los padres de la criatura.

Propuestas económicas de contenido fuertemente anticapitalista y autogestionario: Hay que descentralizar la gran industria, creando pequeñas unidades fabriles susceptibles de control democrático por los trabajadores. El desarrollo tecnológico permite ya la aplicación general de la semana de cuarenta y cinco horas sin reducción salarial alguna. Y propuestas antimilitaristas que parecen calcadas de las del pequeño Partido Radical italiano: El desarme bien entendido empieza por uno mismo, Alemania Federal debe dar el primer paso. No deben instalarse nuevos misiles ni otras armas en territorio europeo, y los pactos militares han de autodi-solverse.

El aborto fue una excepción en Saarbrücken: en este tema concreto, la izquierda más radical no logró imponer sus tesis favorables a la liberalización del mismo y, tras fuerte polémica, se llegó a un compromiso, que excluye al menos su penalización.

El "maximalismo" del programa, según calificación del sector más a la derecha, hizo que algunos de los padres del movimiento renunciaran a presentar siquiera su candidatura a la presidencia colegiada del partido.

Por ejemplo, Herbert Gruhl, uno de los "verdes" más conocidos, que abandonó el partido cristianodemócrata, del que era diputado, por desacuerdo con su política nuclear, afirmaría:

"Se han desvirtuado nuestros objetivos iniciales. Así no vamos a ninguna parte". Colmo del cinismo: Muchos políticos de los grandes partidos, que antes siempre habían reprochado a los "verdes" que no tuvieran respuesta para otros temas que no fuesen los ecológicos, ahora les acusan de haber ido demasiado lejos.

Con todo —o tal vez por todo—, la pregunta inicial es atinada: ¿se partirán los "verdes"? Cuando un movimiento político adopta la estructura inevitablemente más jerarquizada de un partido, las contradicciones saltan a un primer plano.

Y esas contradicciones estuvieron a punto de provocar la ruptura de los "verdes" ya en Saarbrücken. Tal vez el techo ecológico no sea suficiente para albergar a marxistas "por libre", a radicales, a feministas, a indios metropolitanos, a homosexuales, a desencantados de la política y a conservacionistas romántico-burgueses.

Las ya próximas elecciones regionales en Nordrheinwestfalen, el "land" más poblado e industrializado de Alemania Federal, serán la auténtica prueba de fuego para los "verdes" antes de las generales del 5 de octubre. ■ JOAQUIN RABAGO.